

La enseñanza de la literatura nacional en los procesos de construcción de identidad

Teaching national literature as part of the process of identity formation

Vanessa Solano Cohen

Resumen

El artículo pretende, a partir de una presentación histórica de los hechos más importantes del siglo XX en Colombia, revelar la condición violenta de los procesos históricos de nuestro país. Al demostrar la inmanencia de la violencia como fenómeno social colombiano, el texto sugiere una reflexión sobre la importancia de la enseñanza de la literatura nacional bajo esta mirada, con el objetivo de demostrar la relación entre historia y literatura; se brinda a alumnos y docentes la posibilidad de una óptica interdisciplinaria de la historia colombiana, y la oportunidad de generar conciencia social a través de la experiencia estética.

Palabras clave

Violencia, heterogeneidad, identidad nacional, literatura.

Summary

This article attempts to discover the violent nature of the historical processes in our country, starting from a historical presentation of the most important events of the twentieth century in Colombia. The students and teachers have the chance to understand an interdisciplinary approach to the Colombian history and to create social conscience through an esthetic experience.

Key words

Violence, heterogeneity, national identity, literature.

Doctoranda en Humanidades con énfasis en Teoría de la Literatura Comparada, Universidad Pompeu Fabra de Barcelona; docente de Literatura de la Universidad Jorge Tadeo Lozano de Bogotá.

Fecha de recepción: marzo de 2006 / Fecha de aceptación: 20 de octubre de 2006

... (...) ... *In altre parole alla gente non viene in mente di avere un'identità fintanto che il suo destino rimane un destino di appartenenza, una condizione senza alternativa. [En otras palabras, a la gente no le viene en mente tener una identidad hasta que su destino queda como un destino de pertenencia, una condición sin alternativa].*

Zygmunt Barman
Traducción de V. S. C.

La influencia de la violencia en la historia colombiana

Pretender hablar de identidad en un país donde la violencia a lo largo de la historia se ha caracterizado por ser una manifestación de poder, implica aceptar como a priori que esta, como fenómeno social, ha caracterizado la historia colombiana y que en nuestro país la violencia se ha convertido en un "mito unificador", a comparación de otros países latinoamericanos. Al no tener mito de fundación, indagamos en nuestra propia historia, fundamentando nuestro nacimiento como Estado y Nación en la violencia, legitimándola, a la vez, como forma de poder.

Tomando la anterior afirmación como premisa y planteando la importancia de la enseñanza de la literatura nacional en los procesos de formación de Estado e identidad, surgen los siguientes interrogantes: ¿es la tradición de la violencia, en todas sus manifestaciones, la característica de la literatura colombiana? Y si la respuesta es afirmativa, ¿se podría hablar de una identidad literaria nacional basada en este fenómeno social? Intentar responder a este interrogante presupone un estudio completo de la realidad de este país a lo largo del siglo XX, de la misma manera significa profundizar en términos sociológicos en la llamada identidad nacional, y en el reconocimiento de una tradición literaria dentro de la cultura colombiana.

¿Pero qué significa identidad nacional, cultura, tradición literaria y memoria colectiva, en un país donde el olvido se ha convertido en un pretexto para unificar la conciencia social? Atribuirse una propia identidad significa distinguirse del ambiente, delimitar una frontera que garantiza unidad, distinción y autonomía, con relación al "otro". ¿Es acaso la violencia lo que diferencia a los colombianos de los "demás"? ¿Es el olvido el sustento de la violencia? Olvidar ha sido la gran característica de la historia nacional, mientras la literatura se ha encargado

de crear el espacio para el recuerdo, sosteniendo que es a través de la memoria que se llega a la propia tradición. De lo anterior, la importancia de la enseñanza de la literatura nacional, como parte de un proceso de generación de conciencia.

El concepto de identidad nacional –un producto típicamente moderno– se fundamenta en la relación dinámica entre Nación y Estado, y a la vez plantea la dificultad de una definición de Nación que no caiga en la parcialidad. Según Francesco Tuccari (2000) la Nación se puede definir a partir de la relación de tres variables: la primera, de tipo natural, define a la Nación a través de la raza, la segunda, la etnia y la tercera, la estirpe; la variable cultural que fundamenta las formas de conciencia nacional en factores como el idioma, las tradiciones y la religión; y la variable política que fundamenta la noción de Nación en el pertenecer a un sistema de instituciones políticas-territoriales comunes. La identidad nacional es el resultado de un largo proceso de elaboración histórica y conceptual de los elementos genealógicos de una Nación, que garantiza el reconocimiento mutuo entre Estado y Sociedad y que en consecuencia le atribuye al Estado la tarea de construir una memoria colectiva para los propios ciudadanos.

En este orden de ideas, si la identidad nacional se fundamenta en la relación entre Nación y el Estado, en el caso colombiano, la Nación fundamenta su nacimiento principalmente en la variable cultural, con el antecedente de una guerra de Independencia; mientras el Estado a lo largo de la historia nacional no ha sido garantía para el cumplimiento de la difusión de la cultura y la educación, y se ha presentado como un ente exclusivista, oligarca y represivo.

En consecuencia, la identidad nacional colombiana ha sido débil a lo largo de la historia nacional; al inicio de la formación y unidad del país casi ni existía ya que Colombia era más la unión de regiones que un Estado común; a mediados del siglo XX en plena época de la *Violencia*, el mismo Estado declara al pueblo culpable de la ola de violencia que azotaba el país, delimitando así una identidad violenta. Hacia los años ochenta esta característica de marginalidad violenta viene legitimada como imagen del colombiano en el extranjero, una relación que ha desprestigiado al país frente a la opinión pública internacional. En la actualidad el Estado está trabajando en el nuevo sentimiento de amor patrio, fundamentado en la esperanza y en el cambio de estra-

tegas para la paz, pero si observamos detalladamente el cambio propuesto se sostiene en la acción militar antiguerrillera, o sea en la violencia.

Colombia se construyó a través de la violencia: violento fue nuestro proceso de independencia, la acción y lucha de ideales de los dos partidos políticos tradicionales –liberales y conservadores– se legitimó violentamente a lo largo de la historia nacional, la represión ha sido la acción predominante del Estado, y la solución que se vislumbra para tantos años de conflicto es la lucha armada.

Nuestro país históricamente hablando ha sido un país de violencia por excelencia, el siglo XX se abre con la afirmación de una cultura política bipartidista –liberales y conservadores– caracterizada por continuos enfrentamientos, y que hasta el día de hoy se ha presentado como el sello de nuestra democracia. En 1900 Colombia se encontraba en plena guerra civil, la llamada Guerra de los Mil Días, que trajo consigo la separación de Panamá y la legitimación de una cultura política nacional, basada en una clara división entre el reducido grupo de elite y la gran masa popular. Otra de las consecuencias de esta guerra fue la instauración de la República Conservadora, y en cierta medida, de un estado de tranquilidad política y progreso económico, que caracterizó la historia colombiana hasta 1930; dejando en el pasado la llamada “patología nacional”: 11 Constituciones, 64 revueltas y un historial electoral rico, inestable y continuo que ningún país latinoamericano registró en el siglo XIX.

Los años que siguieron después de 1930 hasta 1958 se caracterizaron fundamentalmente por la consolidación de la economía moderna en Colombia, de las instituciones públicas y de los grupos de poder político correspondientes. En este clima de incertidumbre, de reformas económicas, de cambios sociales, de conformación de los centros urbanos, de modernización capitalista, despegó el periodo llamado *la Violencia*, una tragedia nacional que pesa aún, después de tantos años, en la historia de cada colombiano.

El periodo histórico de *la Violencia* se caracterizó fundamentalmente por el terror –como forma de poder– establecido en los campos colombianos, donde se despojó al campesino de sus tierras, obligándolo a vender sus propiedades y a la fuga precipitada hacia las ciudades. Hablar de estos veinte años de la historia nacional, significa indagar en el hecho sociopolítico e histórico más impactante del siglo XX, cuyo eco se sintió de manera inmediata en la literatura.

Es a partir de 1958, bajo la sombra de la Revolución Cubana y del Che Guevara, que se forman las primeras guerrillas del país, de las cuales el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) mantienen vigencia. Su conformación y actividad al margen de la sociedad se incrementan de manera importante a comparación de las pequeñas guerrillas que deja el periodo anterior –*la Violencia*–, proponiéndose en un primer momento como apoyo militar al campesinado en su lucha contra las clases oligarcas del país.

Paralelo al desarrollo de los grupos al margen de la ley, surge en ese mismo año, como respuesta política a *la Violencia*, el Frente Nacional cuyo objetivo principal era apaciguar el clima de tensión política del periodo anterior. El Frente tuvo una duración de diez y seis años en los cuales hubo alternancia de partido político entre los cuatro presidentes que lo conformaron y se presentó como un periodo de relativa calma para el país: se acentuó el desarrollo económico, Colombia empezó a ser una nación de grandes ciudades, y se forjó una economía estable basada fundamentalmente en la exportación de materias primas.

A finales de los años setenta, junto al impacto de las guerrillas, del avance económico, y de una situación política estable –fundada en la corrupción–, se desarrolla de manera proporcional el narcotráfico como una manifestación más de la violencia del país. Con el tráfico de drogas llegaron la narcocultura, la narcopolítica, la narcoeconomía, desgraciadamente el narcoterrorismo y en la actualidad la narcoguerrilla. La política del Estado colombiano frente al narcotráfico ha estado dirigida desde los años ochenta por los Estados Unidos; aunque la gran debilidad del Gobierno, no solo en este aspecto, sino a lo largo de toda la historia nacional (desde la época colonial), ha sido usar la ley como instrumento de negociación. Que Colombia sea un país donde todo es negociable ha fundamentado la búsqueda de la legitimación del poder a través de mecanismos más directos y brutales: la violencia, los grupos armados, los paramilitares, el crimen organizado, el narcotráfico; y al ser esta la ley, el colombiano la ha respetado.

Una radiografía actual de Colombia muestra un país en pleno conflicto interno armado¹ entre el Ejército Nacio-

¹ Es importante aclarar que aunque la opinión pública internacional enmarque la situación actual de Colombia en la categoría de guerra civil, en la realidad colombiana este término tiene un límite escolástico.

nal, la guerrilla y las fuerzas paramilitares; la zona rural es la más afectada, aunque los centros urbanos sienten el eco con los altos índices de desplazados internos a causa del conflicto (se estima que a la fecha el número asciende a tres millones). Lo preocupante de la situación es la imposibilidad real de paz, ya que a lo largo de cincuenta años, las políticas implementadas hasta ahora por el Gobierno se han basado en intentar convencer a los dirigentes de los grupos guerrilleros del abandono de las armas mediante políticas de reintegración social; pero el mismo Gobierno, a la vez, no garantiza o respeta dichas condiciones; esto genera un círculo vicioso, donde se vislumbra que será solo la violencia contra la violencia, la única salida viable para la sociedad colombiana.

Literatura y violencia en Colombia

Después de la breve presentación histórica de Colombia es pertinente cuestionarse sobre el rol que desempeña la literatura en la tradición violenta de este país y la importancia de una correcta enseñanza de esta en las instituciones educativas. Desde finales de siglo XIX, la idea de literatura nacional con relación a la identidad fue proclamada por los intelectuales colombianos –la gran mayoría de ellos gramáticos–, quienes afirmaron que la literatura, en particular la novela, era un instrumento válido para la construcción del Estado.

El caso de la literatura colombiana es bastante particular, desde 1840 hasta los años 50 del siglo XX, según Raymond Williams (1991), el valor estético del texto estuvo muy ligado a las condiciones políticas y a la cultura representada en los partidos liberal y conservador; agregando que muchos de los escritores de ese periodo eran personajes activos del mundo político colombiano. Se observa entonces un proceso creador de Estado colombiano, y en un segundo plano, la formación de una tradición literaria a través de una palabra mediatizada e interpretada bajo el código político, que entendía la escritura como un acto clasista y excluyente.

Williams, con relación a la importancia de la literatura nacional como vehículo de ideologías políticas, afirma que pese a lo excluyente que podía significar la escritura, en

términos generales la oligarquía colombiana no generó novelistas, mientras desarrolló una función legitimadora del canon colombiano. Siguiendo el esquema bipartidista que caracteriza la historia nacional, en la literatura colombiana los liberales eran novelistas y los críticos conservadores, lo anterior trae consigo afirmaciones por parte de los novelistas sobre la total ausencia de crítica en el país; y por parte de los críticos sobre la ausencia de verdaderos novelistas en Colombia.

Un aspecto interesante de la literatura colombiana y su relación con la realidad es el papel que desarrolla como intérprete, o mejor aún, como re-creadora de la historia nacional. El rol de la historia patria en este país se desarrolla a través del proceso de formación de Nación, reconocer la propia historia nacional significa revalorar la propia identidad; sin embargo, el problema radica en la falta de conciencia histórica, o sea, en la ausencia total de la capacidad de entender y asimilar el tiempo: es en este espacio donde juega la literatura. La verdadera historia la produce la novela histórica, la encargada a lo largo de todo el siglo XX de generar la necesidad del recuerdo y oprimir la capacidad del olvido en la sociedad colombiana.

La novela ha sido en el caso colombiano, retomando su función creadora de Estado e Historia, más estricta en transmitir las etapas del desarrollo nacional, por ende ha sido testigo y voz de la tradición violenta. Lo curioso de este fenómeno es la respuesta inmediata por parte de la crítica de anular la existencia de una tradición novelística colombiana, sobre todo en los periodos en que la novela se comprometió con la realidad. Por ejemplo, en la época de *la Violencia*, la producción narrativa² fue censurada por parte de la crítica conservadora, negando no solo la praxis artística, sino el testimonio social que significaron esas novelas para la historia nacional. Una de las novelas de esta época que se destaca por su alto nivel estilístico y por la construcción de un universo verosímil es *La mala hora* (1952) de Gabriel García Márquez, un texto en donde la violencia, el silencio y el terror de la sociedad colombiana se ejemplifican en la historia de un pueblo, agobiado y enfermizo por causa de unos pasquines. La magnificencia de la obra está en la recreación del ambiente violento que enfrenta Colombia en la

Lo que realmente se registra es un conflicto interno armado, no solo porque no toda la población civil se ve involucrada, sino porque las elites colombianas no son actores armados; sin que tenga ninguna relación la intensidad o cubrimiento demográfico y geográfico del conflicto.

² Se estima que en los veinte años que más o menos dura la época de *la Violencia* la producción narrativa colombiana creció notablemente (70 novelas), teniendo en cuenta que nuestro país era considerado tierra de poetas.



Fernando Molina
Sin título
Tinta china sobre papel

década de los 50 caracterizado por la lucha bipartidista, pero sin tener descripciones violentas explícitas; hay un ambiente hostil fruto del terror y la represión que suscitaban los pasquines anónimos que aparecían en las calles del pueblo, la violencia se refleja en el toque de queda, en la incomunicación, en la cabeza de una vaca muerta atravesando el río, en la censura del cura, en la incapacidad de denuncia.

La importancia de esta novela dentro de la historia de la literatura colombiana del siglo XX radica en la construcción de ese universo violento que anticipa el origen de Macondo, y que recrea, sin tono de crónica roja, la cruda realidad del país. Es de anotar que la lectura de este texto es fundamental en los procesos didácticos, y por ende en la construcción desde las aulas de una identidad nacional. Los alumnos con una correcta guía por parte del docente se acercarán primero a una obra sencilla a nivel formal, que les permitirá no solo conocer los orígenes de ese mundo construido en *Cien años de soledad* (1967), sino que comprenderán la situación vivida por esos años en Colombia, y el mutismo que provocó la ola de terror que agobió a nuestro país.

Solo hasta los años setenta la literatura colombiana asume una nueva posición intelectual mucho más sólida y menos condicionada, la academia atenúa el tono de censura que caracterizó la construcción del canon literario colombiano, y comprende la importancia de la novela de *la Violencia* para la historia colombiana. Igualmente por estos años muchos escritores a partir de la creación reflexionaron sobre la realidad de nuestro país, de un modo mucho más profundo, transformando el tono de crónica y denuncia de la novela de la década de los 50, en un tono más reflexivo, consciente y meditado, producto de la distancia temporal, que les permitió a nuestros autores procesos de introspección y espacios de deliberación sobre la situación de nuestro país. Ejemplo de este nuevo tipo de reflexión literaria es *Cóndores no entierran todos los días* (1972) de Gustavo Álvarez Gardeazábal, texto que narra la vida del personaje histórico José María Lozano, jefe de los “pájaros”³ del departamento del Valle del Cauca.

¿Por qué es importante la lectura de esta novela en las instancias pedagógicas? La respuesta es obvia, Álvarez Gardeazábal a partir de la vida de un personaje histó-

rico desglosa la realidad colombiana y enfatiza en el silencio la causa principal de nuestras manifestaciones de violencia; Lozano es tan solo un pretexto para ilustrar no solo la época de *la Violencia*, sino para presentar una panorámica de la realidad política del país, una invitación al lector –en nuestro caso a los alumnos– a una reflexión sobre la lucha bipartidista de nuestro país, sobre la corrupción y sobre unas posibles soluciones a la capacidad de olvido que agobia al país.

La invitación a la lectura de escritores colombianos, por parte de los docentes a los alumnos, no debe reducirse a la producción literaria de la época de *la Violencia*, y debe ampliarse a otro tipo de instancias, en las que el ejercicio de la lectura conduzca a reflexiones en las que los alumnos se cuestionen sobre su ser colombiano, y sobre su función social. Textos como *¡Que viva la música!* (1977), del escritor caleño Andrés Caicedo, pueden producir en la población joven lectora, en primer lugar, la capacidad de interpretación del mundo a través de la música pop, y en segundo lugar, ver y entender el sentimiento de tragedia y desamparo en el que crecen las nuevas generaciones, y el posible fracaso al que se encuentran condenados, si no hay una clara función social en la realidad. La experiencia ofrecida por estudiantes de la Universidad Jorge Tadeo Lozano de Bogotá, con relación a la lectura de esta novela, arrojó un sentido de identificación por parte de los mismos con la historia narrada, y en la fase de interpretación, interrogantes sobre la actualidad misma de la novela, y de cómo la situación de la población joven en Colombia no ha cambiado a pesar de los 20 años de distancia. Lo anterior ratifica cómo la literatura, a partir de la ficción, genera identidad nacional y espacios de reflexión sobre nuestra historia patria.

Otro texto que puede ser útil en el propósito de los docentes de literatura es *Noticia de un secuestro* (1996), la novela-reportaje escrita por Gabriel García Márquez en la que se plasma la historia de Pablo Escobar y la cultura de terrorismo que infundió en la década de los 90 en nuestro país, a través de la narración del secuestro de periodistas como mecanismo de presión para impedir la aprobación de la Ley de Extradición en nuestro país. Lo importante de la lectura de esta novela radica no solo en la relevancia de quién la escribió y de su posición y rol como intelectual en Colombia, sino que a la vez es un testimonio histórico sobre esos duros años de violencia que vivió el país, y que en cierta medida señalaron el camino por el que transitamos en la actualidad.

³ Así se denominaba a los grupos armados pertenecientes al Partido Conservador, que se dedicaban de modo ilegal a la eliminación de liberales.

Es importante señalar que si la ficción permite conocer y profundizar en nuestra historia nacional, al generar espacios de reflexión y discusión alrededor de los textos, es necesario que a la vez los docentes asuman y difundan el mensaje de esperanza y solución al que nos invita la literatura, y como lo afirma el mismo Gabriel García Márquez, escribir sobre la tragedia nacional es una invitación a que los hechos que la caracterizan no vuelvan a suceder.

El hecho de implementar una adecuada enseñanza de la literatura nacional bajo la óptica de la violencia conduce a la siguiente afirmación: aunque Colombia sea un país violento, pobre, hostil y para muchos “surreal”; su literatura, y sobre todo su novela, ha logrado la mayoría de edad, y ha instaurado una nueva concepción del mundo, del colombiano, y de Colombia en el extranjero, imagen consolidada a través de las nuevas voces de la literatura nacional; escritores como Santiago Gamboa que reflexionan sobre el colombiano inmigrante; Fernando Vallejo y su posición de amor y odio por la realidad nacional; Jorge Franco y su producción alrededor de las emociones humanas contextualizadas en situaciones meramente colombianas; Andrés Burgos y su reflexión sobre la época del narcotráfico a partir de la mirada adolescente, entre otros.

La lectura de las novelas colombianas debe revelar, mientras se escuchan noticias de bombas y secuestros, que aunque no haya un solo país en el mundo que no reconozca nuestro problema de violencia, muchos desconocen el poder de nuestra literatura, y de su esfuerzo por crear una nueva identidad a través de la palabra escrita, la irrevocable construcción de un nuevo mito verbal, que intenta construir una nueva identidad nacional alrededor del deseo de paz y de la formación de una fuerte conciencia social.

El desarrollo de la novela colombiana en el siglo XX ha sido paralelo y consciente de los fenómenos sociales del país. La enseñanza de la literatura nacional permitiría entrever una tradición violenta dentro de la historia de Colombia, y a la vez, una profunda reflexión estética de la tradición literaria nacional. Si la novela colombiana, en particular, se ha propuesto representar la tradición violenta en todos sus niveles, ha sido también una aprehensión consciente de la problemática del país. Hernando Téllez (1976) en sus estudios afirma que toda la novela colombiana ha tenido relación con la violencia, y es desde esta premisa que en las propuestas didácticas

se debería hacer una distinción nítida entre la novela de *la Violencia* y novela violenta.

En este orden de ideas, si la enseñanza de la literatura nacional parte del afirmar que la tradición de violencia y sus manifestaciones son la característica de la novela colombiana, las propuestas didácticas permitirían una comprensión de los procesos históricos por los que ha atravesado el país. Lo anterior no implica una posición pesimista, es más, debería ser la base del objetivo primordial de la instauración de una correcta enseñanza de la literatura nacional, que al estudiar específicamente la novela colombiana del siglo XX, y su relación con una identidad nacional fundamentada en la violencia, se pretenda demostrar que la novela en Colombia ha intentado a lo largo de este siglo –y de modo más consciente a partir del periodo de *la Violencia*–, no solo romper con el esquema de *mito unificador violento*, sino a través de la palabra, crear un nuevo mito de identidad nacional, que aunque heredero de la tradición violenta proponga una solución.

Esta nueva propuesta pedagógica tiene como centro de estudio el desarrollo de la novela colombiana del siglo XX, período en el cual no solo Colombia, sino sus manifestaciones artísticas penetraron en la Modernidad. Relacionar la literatura y los procesos históricos no solo obedece a una necesidad interdisciplinaria de los estudios humanísticos, sino que fortalecería el concepto de identidad nacional, en esta sociedad caracterizada por la fragmentación.

Este enfoque pedagógico permitirá demostrar que la novela como manifestación cultural colombiana es heredera de una identificación nacional en la violencia, exponiendo paralelamente el desarrollo de la violencia a través de la palabra. A la vez se quiere demostrar que en la realidad colombiana se crea una relación directa entre historia y literatura, donde la última –entendida como el proceso y el resultado de la composición formal dentro de las propiedades sociales y formales de un idioma–, la recrea, cimentando la esperanza de un cambio a través de la generación de conciencia. Es en la memoria en la que se ha fundamentado la literatura nacional para generar una posible conciliación, y una investigación sobre las causas y soluciones para el estado de permanente violencia que caracteriza nuestros días.

Algunos estudiosos de la sociedad colombiana han visto en la modernización de este país una peculiaridad que

podría ser interpretada como la gran causa de la sociedad violenta que caracteriza nuestra nación: la idealización de la igualdad. Soñar con la homogeneidad ocasionó la frustración, la imposibilidad de satisfacer las necesidades primarias, y por ende, un cierto desplazamiento de la vivencia plena de la modernidad, cuya primera premisa es la igualdad. Lo anterior tiene como consecuencia inmediata la intolerancia y la violencia extendida en todas sus manifestaciones.

Hemos sido llenados de ilusiones, dichas ilusiones son elevadas a la categoría de derechos legítimos, pero la sociedad no fue modificada ni económica, ni políticamente de manera paralela a la modernización espiritual del pueblo plebeyo y de las capas medias y profesionales. Resultado: la violencia que todos estamos presenciando perplejos con una cierta dosis de maniqueísmo moral y sin que nadie parezca entender nada.

Cruz Kronfly, 1994: 21.

Se revela entonces que la violencia es la respuesta a la crisis generada por el concepto de igualdad, en una sociedad que se caracteriza principalmente por la heterogeneidad, por la hibridación. ¿Cómo reacciona la literatura colombiana frente a esta nueva realidad moderna? ¿Se delinea una nueva figura de intelectual ante la crisis? ¿Qué rol desempeñan los docentes en la enseñanza de la literatura nacional? Estos son los interrogantes que debemos responder y suscitar en los alumnos en los procesos pedagógicos.

Para concluir, se recalca la importancia que tiene el estudio de la literatura nacional en un país como Colombia, donde las novelas son el fruto de la crisis a la

que se vio sometida la sociedad colombiana, y donde el escritor asumió su labor de profeta, escudriñando en las miserias nacionales, intentando generar un camino de salvación a través de la memoria colectiva. Ernesto Sábato afirma que la literatura al tratar del hombre y su destino se había atribuido una misión salvadora de la existencia humana; y la literatura colombiana no puede legitimarse sin esta misión, ya que a través de su desarrollo se habla del dolor de una nación.

El escritor colombiano asume una labor ética, su propósito será a partir de la presentación de la situación nacional, construyendo por medio del verbo un mito conciliador literario que no escapa a nuestra condición violenta, pero que se propone ofrecer la vía de salvación a través del recuerdo, de la conciencia social, de la fe en el propio país.

Como una hierofanía se nos debe revelar, a través de una nueva enseñanza de la literatura nacional, que pese a la inmensa tragedia que nos une a todos los colombianos, la palabra letrada ha desempeñado un rol fundamental en la estructuración del país, y que a lo largo de todo el siglo XX ha tenido una perspectiva de futuro donde la violencia ya no estará presente; textos que como engranajes convocan a una nueva identidad nacional alrededor del deseo común de una solución pacífica al conflicto.

Este estudio está dedicado a las personas que como yo creen en la literatura y en su papel en el camino hacia la paz; a la vez a la esperanza y al compromiso de los docentes colombianos de remover el dolor para crear conciencia, para que todos aprendamos a perdonar. ■

Referencias

BELLITI, Daniela. "Identità e legittimazione". En *Identità e Politica*. Roma: La Terza.

CRUZ KRONFLY, Fernando. 1994. *La sombrilla planetaria. Ensayos sobre modernidad y postmodernidad en la cultura*. Bogotá: Planeta.

MUTIS DURÁN, Santiago (ed.). 1980. *Manual de Historia de Colombia*. Tomo III. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

OSQUIT, Paul. 1978. *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Norma.

PALACIOS, Marco. 2003. *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*. Bogotá: Norma.

SÁBATO, Ernesto. 2002. *Creación y tragedia: la esperanza ante la crisis*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara.

TÉLLEZ, Hernando. 1976. *Ensayos no recogidos en libro 2*. Bogotá: Colcultura.

TUCCARI, Francesco. 2000. *La Nazione*. Roma: La Terza.

WILLIAMS, Raymond L. 1991. *Novela y poder en Colombia 1844-1987*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

Diálogo del conocimiento

Si alguna vez los ángeles del Apocalipsis necesitaban un lugar para hacer sonar sus trompetas, lo encontraron hace casi dos siglos: violencia legitimada desde el mismo proceso de independencia, guerras civiles y conflicto armado interno, terrorismo de Estado, bipartidismo, narcotráfico y devastación ecológica, para agregar una más, parecen ser las enfermedades endémicas que aquejan a nuestro país. El artículo de la profesora Vanessa Solano Cohen realiza un recorrido por los momentos críticos de la consolidación de la nación y de los procesos de identidad en Colombia, y se pregunta si es la tradición de la violencia, en todas sus manifestaciones, la característica de la literatura colombiana.

Es decir, la reflexión se orienta a buscar las conexiones entre la obra literaria y la sociedad, intenta confrontar tres narraciones. Por un lado la narración violenta que nos consolida como nación, por otro lado la narración literaria que la registra y finalmente un lector que la redescubre. Tal como lo señaló el joven Lukács, la novela es el género crítico de la modernidad. Es decir, allí donde las utopías fracasan el escritor levanta su pluma. El artículo señala, a la luz del estudio de Raymond Williams, que desde 1840 hasta mediados del siglo XX el valor estético de las obras estuvo muy ligado al dictamen de los partidos políticos en Colombia. Y en eso debemos estar completamente de acuerdo, Colombia no generó vanguardias literarias durante ese periodo. A eso debe agregarse, como lo señaló Ángel Rama, el papel de la ciudad letrada que unido al centro de poder crean un campo de heteronimia para la literatura. La novela de periferia, la que no cumplía con el canon preestablecido ni con la norma gramatical, estaba desahuciada.

El verdadero valor estético de las novelas estará en la toma de posición de los autores, como lo señaló Bajtín y también la crítica francesa, especialmente desde Bourdieu. Aquel escritor que se suma al campo de poder ya sea político o que se suma a las ventas editoriales y, para usar una palabra del Estado, que sabe legitimar sus andanzas, “traiciona” el género. De ahí que la obra que goza de verdadero valor estético no sea solo aquella que realiza un registro sociológico, sino aquella donde el escritor guiado por una claridad política, social y estética levanta su voz contra todas las falacias de la modernidad, contra todo poder ilustrado o de barbarie premoderna que quiera aplastar la vida. La profesora Vanessa Solano Cohen rescata el valor de la novela histórica por haber sido la única capaz de contar la verdadera historia, aquella que no es oficial y que da voz a los

silencios; señala ciertas obras que como faros podrían ayudar a los maestros a orientar desde el aula de clase procesos de identidad desde la literatura. Creo, sin duda, que estas novelas señaladas llevarán a nuestros jóvenes lectores por las narraciones de un pasado que no debe ser borrado por la amnesia casi colectiva que como un trompetazo más quiere hacernos olvidar la historia, o como dice el último título de la novela de Abad Faciolince, para no caer en *El olvido que seremos*.

Sin embargo, difiero de la profesora Vanessa en cuanto a la novela *El síndrome de Ulises* (¿Diario sexual de Santiago Gamboa en París?). Este joven escritor –Andrés Caicedo también lo era– sin una madurez axiológica, sin una toma de posición real se suma al mercado editorial, junto con otros escritores actuales que más que hacer una crítica contundente a la violencia del país, hacen una apología al matón y a la barbarie. Los héroes de sus novelas son sicópatas o prostitutas pistoleras, pero no alcanzan a consolidar el género de novela negra en Colombia. ¿O lo desconocen? Sin duda, seguiremos leyendo con nuestros jóvenes en el aula a Fernando Vallejo, Héctor Abad Faciolince, Gabriel García Márquez, Andrés Caicedo, entre otros, porque en su narrativa la violencia y las complejidades de la existencia pueden leerse con verdadero tratamiento y valor estético. Es decir, con una toma de posición contundente frente a la realidad y la vida, además de una incesante búsqueda de un lenguaje propio.

Finalmente, el texto está articulado a través de tres elementos claves: Historia, literatura e identidad. En esa triada la Historia constituye el marco general de nuestro relato como nación; la literatura tendrá un papel preponderante en la configuración de la identidad; la identidad se construirá a partir del reconocimiento de nuestros problemas. Creo que este programa permitirá a los jóvenes desmitificar la vacuidad de palabrejas como “patria” y de todo falso “nacionalismo” e incluso el cuestionamiento de la misma “identidad”. Resulta vital y llamativa su propuesta porque a través de ella los jóvenes se hacen críticos de un país que necesita gente despierta para construirlo, impactan su subjetividad enriqueciéndola a través de la estética literaria y se construyen como verdaderos ciudadanos fuera de la alienación de los medios masivos de comunicación, que no son otra cosa que brazos estratégicos de la oligarquía.

Edilson Silva Liévano